

Ya en el cuarto, mi madre y mi mujer se durmieron en seguida y yo me puse a leer la traducción de la *Odisea* que había sacado años atrás de la casa de mi madre en Ibahernando y que, desde que terminé de releer la traducción de la *Ilíada*, me acompañaba en mis viajes tras el rastro de Manuel Mena. Llevaba ya un buen rato leyéndola cuando de improvisto me di cuenta de una cosa en la que hasta entonces no había reparado. De lo que me di cuenta es de que el protagonista de la *Odisea* era exactamente lo contrario que el protagonista de la *Ilíada*: Aquiles es el hombre de la vida breve y la muerte gloriosa, que fallece en la cumbre juvenil de su belleza y su valor y accede así a la inmortalidad, el hombre que derrota a la muerte mediante *kalos thanatos*, una bella muerte que representa la culminación de una vida bella; Ulises, en cambio, es el polo opuesto: el hombre que vuelve a casa para vivir una larga vida dichosa de fidelidad a Penélope, a Ítaca y a sí mismo, aunque al final le alcance la vejez y después de esta vida no le aguarde otra. Todavía estaba bajo el efecto de esta revelación cuando me topé, hacia el final del Canto XI, con el único episodio en que Aquiles comparece en la *Odisea*. Ulises lo visita en la mansión de los muertos y le dice que él, que era el más grande de los héroes y derrotó a la muerte con su bella muerte, el hombre perfecto a quien todo el mundo admiraba, que a la luz de la vida era como un sol, ahora debe de ser como un monarca en el reino de las sombras y no debe de lamentar la existencia perdida. Entonces Aquiles le responde:

*No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos
de la muerte, que yo más querría ser siervo en el campo
de cualquier labrador sin caudal y de corta despesa
que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron.*

Leí esos versos. Los releí. Levanté la vista del libro y durante un rato pensé en el arrepentimiento del héroe de la *Iliada*. Luego apagué la luz y me dormí preguntándome si, como él, Manuel Mena (el Manuel Mena póstumo, pero también el Manuel Mena de sus últimos días, el Manuel Mena taciturno y absorto y desencantado y humilde y lúcido y envejecido y harto de la guerra) no hubiera preferido ser un siervo de los siervos vivo que un monarca muerto, preguntándome si en el reino de las sombras también habría comprendido que no hay más vida que la vida de los vivos, que la vida precaria de la memoria no es vida inmortal sino apenas una leyenda efímera, un vacío sucedáneo de la vida, y **que sólo la muerte es segura.**

A la mañana siguiente aparcamos en la plaza de Bot poco antes de las diez y, mientras lo hacíamos, vi a Cortés hablando con una señora a la puerta de una cafetería. Se despidió de ella, se acercó a nosotros, le presenté a mi mujer y a mi madre. Lo primero que hizo mi madre fue darle las gracias por su hospitalidad; lo primero que hizo Cortés fue enfadarse.

—Pero ¿qué le pasa a esta familia? —preguntó, abriendo unos brazos impotentes y pidiéndole una explicación a mi



JAVIER CERCAS

El monarca de las sombras

LITERATURA RANDOM HOUSE